

Conversaciones nocturnas

evanescencia



Capítulo 1

Era una antigua casa a las afueras del pueblo, cerca de la carretera que cruzaba el extenso y denso pinar. No había camino alguno para llegar a ella, ni una bifurcación de gravilla salida del asfalto ni un paso despejado que atravesase el bosque. Estaba rodeada de árboles; tranquila, oculta y silenciosa. Ni los conductores podían enterarse de su presencia a menos que mirasen en el lado correcto en el momento adecuado. Aquellos que paseaban entre los pinos podían encontrarla de remota casualidad. Los que conocían su ubicación, mayormente habitantes del pueblo, pocos sabían quién vivía ahí.

Se construyó a finales del siglo diecinueve como encargo de un empresario de la industria del metal, o eso decía que era pues cualquier recién llegado podía inventarse en esos tiempos su pasado y un poco de su presente. Algunos que le llegaron a conocer decían que provenía de una familia adinerada y que podía haber sido conde pero él optó por otra forma de vida, aunque no por ello dejó de lado los recursos que disponía pues su nuevo hogar se convirtió en algo extenso en su miniatura, una pequeña mansión de dos pisos acompañado de un picudo ático y un extenso sótano que realizaba las tareas de bodega. Gracias a su arquitectura siempre resultó un edificio vistoso pero el paso del tiempo le había convertido en algo más, algo extrañamente bello; el tejado cubierto de hojas de otoños pasados y los ladrillos con diferentes tonos pardos de la chimenea que sobresalía para reptar por unas paredes de madera grisácea le otorgaban un aura mística, como una cabaña salida de un cuento de hadas, escondida varios metros de la carretera, en una lejanía cercana de la cicatriz asfaltada de la civilización, rodeada de hileras de árboles, como un animal resguardándose en la maleza.

Debido a su localización era un buen hogar si se quería tranquilidad pues evitaba los numerosos inconvenientes sonoros de convivir entre vecinos. Era algo muy de agradecer por las noches; se podía dormir a gusto. A veces se podía oír algún vehículo que recorría la aislada carretera, el viento acariciando la hierba, aves nocturnas ululando en las proximidades, grillos también queriéndose oír y algún crujido de un tronco quejándose de la vejez de su madera; la mayoría sonidos que no perturbarían ni el sueño más frágil.

La casa era un templo del silencio al ponerse el sol salvo si se agudizaba el oído. Eran dos susurros débiles que surgían cuando nadie parecía estar presente, dos voces muy similares, casi gemelas, salvo que una tenía cierto matiz tembloroso y amortiguado mientras que la otra era algo más ahogada y bronca. Ambas provenían del pequeño cuarto de estar cercano a las escaleras, en el segundo piso.

— Ya se fue.

— A la cama.

— Sí.

— Bien. Da la luz.

La habitación dejó de lado la penumbra de forma discreta. El actual

inquilino era un hombre sencillo y bien lo demostraba la decoración; la poca luz que llegó dejaba ver unas paredes de madera liberadas de cuadros y adornos, un enorme armario que ocultaba parcialmente la única ventana, una cómoda de inconcluso barnizado, un paragüero huérfano de contenido y un ornamentado espejo de pie que iluminaba la estancia.

Una mano robusta se apoyó en su cristal y presionó levemente, intentando salir hacia fuera, sin éxito. La otra sujetaba un candelabro y se acercó lo máximo que pudo para alumbrar con mayor intensidad la pared más próxima al espejo, donde surgió una sombra con forma humana.

— Siempre lo intentas, sin éxito — dijo con una voz menos ahogada.

— Desde dentro el cristal parece muy fino, como si no hubiera. Nunca está de más intentarlo.

— Da un paso hacia la izquierda, que se acerque la luz. Aún estoy un poco difusa.

El reflejo de un hombre de mediana edad hizo caso y se movió dentro del espejo.

— Mi izquierda. Tu derecha. Eso es. Gracias.

La sombra le dedicó un pulgar hacia arriba. Después estiró su espalda y sus brazos dentro de la pared.

— Ah, por fin. Adoro la luz, a oscuras no tengo sentido. Pero que no esté ni cerca ni lejos, la ideal para tener el tamaño normal —ladeó la cabeza hacia su derecha, un rato más tarde a su izquierda —. Hay que lograr un término medio. Aleja un poco el candelabro. No tanto. Un poco más... Ah, así. Perfecto. Muy bien. Me noto el contorno duro y el cuerpo totalmente negro. Conseguido. Gracias otra vez.

— No hay de qué — respondió el reflejo, y al instante preguntó —. ¿Qué tal hoy?

— Bah, bien. Lo típico. Hoy ha sido otro día más en el que no ha salido de casa. ¡Qué mala suerte que nos haya tocado un huraño ermitaño! Es demencial lo extremo que es. Apenas sale del bosque y cuando lo hace siempre va a los mismos sitios, nunca viene nadie a verle...

El reflejo chistó de la forma más silenciosa que pudo.

— Intenta no alterarte.

— Ya, lo siento — se disculpó la sombra —. Pero bueno, ya sabes lo que hay. Lo de siempre. ¿Y qué tal tú?

— Poca cosa también. Día aburrido. Lo único emocionante ha sido cuando se ha acercado a mí. Emocionante porque es lo único de interés que ha pasado y porque casi me pilla. O eso creo. Cada vez hace movimientos más rápidos y erráticos, se está volviendo muy impredecible.

El reflejo hizo una breve pausa, esperando algo pero prosiguió.

— El otro día se quedó mirándome fijamente, creo que está percatándose de que algo no va bien conmigo. Siempre intento que el retardo sea lo menos posible pero creo que lo está notando. ¿Me estará poniendo a prueba?

La sombra no contestó. Según la dirección del contorno de su cabeza estaba mirando la ventana.

— Siento si me enrollo demasiado — se disculpó el reflejo con una voz humilde y resignada — pero si no hablo contigo no hablo con nadie.

La sombra dirigió su mirada al espejo.

— Nah, no te preocupes. Por lo menos no eres de esas personas que contestan con un «bien» y ya está.

— Ya, bueno... Es que si no hablo ahora, no hablo nunca. No lo tengo muy fácil viviendo aquí dentro. Por lo menos tú sales fuera y te encontrarás con más sombras y verás cosas más variadas, no solo lo que hay en esta casa.

— No te creas, tampoco veo muchas cosas interesantes. En las pocas veces que sale siempre va a los mismos sitios, las mismas rutas en el bosque, y cuando va al pueblo no habla con nadie salvo un hola y adiós. Pero sí, es cierto que he pisado más mundo que tú. Y sí que me cruzo con sombras pero no hablo con ellas. No hay que llamar la atención. A veces intento moverme un poco para saludar pero no me hacen caso nunca, son más estrictas que yo en su trabajo — soltó una leve carcajada —. Será que soy una sombra temeraria.

El reflejo quiso preguntarle pero se oyó un ruido cerca de la escalera. La sombra paró de reír y se quedó rígida en la pared mientras que el reflejo se ocultó rápidamente detrás del marco del espejo. Así estuvieron durante quince minutos hasta que la sombra se relajó soltando una risa nasal.

— No ha sido nada.

El reflejo volvió a asomarse.

— Creía que se acababa todo.

— Sí. De todos modos se te ha olvidado apagar el candelabro y se escapaba algo de luz dentro del espejo. Poco ágil has estado ahí.

— Ya. Me he dado cuenta a los pocos minutos pero he pensado que había pasado mucho tiempo y podía suceder que estuviese quieto en el pasillo, observando y escuchando en silencio. Y si lo hubiese apagado habría sucedido un cambio y habría ido directo a esta habitación por haberse vuelto más oscura.

— Suenan muy convincentes.

Los dos se quedaron atentos al silencio de su alrededor. Aquello que les había alterado nunca lo habían escuchado. Fue extraño, parecido a escuchar una alargada exhalación y a la vez el chasquido de una puerta abierta de forma torpe, rápida o impulsivamente pese a que en la casa no había en esos momentos ninguna habitación cerrada. Tampoco podían echarle la culpa al viento pues esa noche no silbaba el bosque. En realidad no se escuchaba nada ni dentro ni fuera; era una noche desganada con una ausencia incómoda de sonidos.

— Habrá sido el crujir de un mueble — sentenció la sombra tras confirmar que el silencio se mantenía constante en la casa.

— Creo que a veces nos emocionamos mucho al hablar y alzamos el tono más de la cuenta — soltó el reflejo pocos segundos después —. Es cierto que por susurros cuesta más hablar pero si nuestra supervivencia está en peligro habrá que hacerlo. Nos arriesgamos mucho... Algún día nos pillarán y enloquecerán. Enloquecerán y le llevarán a un manicomio, fuera de aquí. O venderán la casa malamente y se mudará lo más deprisa posible. Y desapareceremos.

— No tiene por qué, seguro que volvemos allá donde vaya. En los

manicomios hay luz y espejos.

— ¿Tú te acuerdas de haber estado en su anterior vivienda?

— No, la verdad. Siempre he estado aquí.

— Lo mismo pasará cuando esté un tiempo sin venir a esta casa. Adiós muy buenas. Yo empezaría a ser más discretos...

— Espera — la sombra alzó la mano pidiendo un momento de silencio y meditación —. Siempre he estado aquí... porque él siempre ha estado aquí.

— Él antes vivía en otra ciudad.

— Sí, pero cuando era muy pequeño. A los cinco sus padres se separaron y él se mudó aquí junto a su padre.

— Entonces te acuerdas de estar en su anterior vivienda.

— No. Y ahora que lo pienso, no me acuerdo mucho de su infancia. Creo que desde los dieciséis años solo tengo vagos recuerdos de todo lo que pasó antes.

— Yo sé menos que tú, hace poca vida alrededor mía. Solo sé lo que me cuentas tú y lo poco que consigo oír o deducir con los cambios de la casa que veo aquí dentro.

Hubo un silencio. Un silencio triste y perturbador mientras buceaban en sus memorias. El reflejo alternaba sus ojos entre el suelo del espejo y el de su fuera. Tenía las manos agarradas hacia delante y se acariciaba los valles de los nudillos pensando lo que iba a decir.

— A veces me pregunto si seremos los únicos.

— ¿A qué te refieres?

— No sé. Si en las demás casas y lugares... Si en otros sitios hay reflejos y sombras teniendo conversaciones. ¿Y si es la casa?

La sombra ladeó la cabeza como si fuese un búho.

— No sé a dónde quieres llegar.

— Puede... — el reflejo paró unos momentos al notar un ligero tartamudeo en sus palabras — Puede que esté encantada.

— ¡Qué tontería! — bufó rápidamente la sombra.

El reflejo miró a la sombra pensando si la respuesta tan abrupta y repentina era miedo, ofensa o rechazo de estupidez. Por el tono ahogado de su voz y su rostro ocultado en un mismo color oscuro era difícil interpretar sus palabras al igual que tampoco era fácil saber cuándo recibía una mirada de ella.

— Es una casa aislada del pueblo dentro del bosque. ¿Por qué no? Cumple las reglas de la típica casa encantada.

— No digas tonterías — respondió la sombra negando con la mano.

— Seguro que hay rumores en el pueblo que hayas oído sobre esta casa. No me negarás que es bastante peculiar su ubicación...

— Fuera estoy siempre con él y la gente con la que se cruza no comentan rumores de su casa delante suyo. Cosa obvia.

— Vaya... Qué mal...

El reflejo nunca se le había ocurrido algo así pero cuanto más pensaba en ello cada vez le venían nuevas teorías y viejos recuerdos que enlazaban a la perfección y tenían sentido.

— Puede ser un encantamiento del bosque. Una maldición por haber

quitado un espacio dedicado a unos árboles que ya no pueden crecer donde ahora está la casa — el reflejo se dirigió a la sombra pero esta miraba hacia otro lado, intentando ignorarle. No le importó y continuó hablando, en voz alta las deducciones venían solas —. ¿No te parece extraño que su familia haya tenido trabajos relacionados con la naturaleza, con este pinar? Él fue guardabosques al igual que su padre y abuelo porque el bisabuelo, el que construyó la casa, arrancó una parte del bosque. Sus generaciones están cuidando aquello que él dañó.

— ¿Y en qué parte entramos nosotros? ¿Qué sentido tiene que nosotros tengamos conciencia?

— Ah, pues...

El reflejo intentó rebatir su teoría en dos ocasiones pero solo salieron balbuceos que no desarrolló al no tener sentido lo que se le pasaba por la cabeza.

— La teoría tiene sentido — se convenció el reflejo —. El destino hizo que su padre se alejase de la ciudad tras separarse de su mujer, volviendo a su hogar, a esta casa, y aceptando el puesto de guardabosques que, casualmente, estaba libre.

— Sí, pero sigue sin tener respuesta sobre lo nuestro.

La sombra tenía razón pero el reflejo no quería dársela.

— No sé, habrá que investigar... Yo puedo hacerlo dentro de esta habitación, tú puedes ocuparte del resto de la casa.

— Una división poco justa, ¿no te parece?

— No creo que encuentre nada fuera de esta habitación.

— ¿A qué te refieres? — preguntó la sombra, inquietado.

— A ver — el reflejo se rascó la parte trasera de una oreja y resopló —. En el interior del espejo la parte más definida es esta habitación. También el baño ya que también hay un espejo aunque apenas lo cuento. Lo que no puedo ver a través de esos dos cristales está dentro de aquí como... mal dibujado. Con un contorno raro. Mal hechos. Lo más perfecto son los objetos de esta habitación. El resto es como si no estuviese nada bien, como si fuese de mentira: muebles que son cartones en pie, una puerta dibujada en la pared, colores homogéneos en la superficie de todo, sin apenas texturas... No sé, como si fuese una vaga imitación de la casa verdadera.

— Se me había olvidado el espejo del baño.

— Ya, suele pasar. A mí también se me olvida, a veces. Por suerte ese espejo solo sirve para reflejar de pecho para arriba y hay que hacer menos esfuerzo. Lo malo es que está en la parte interior de la puerta del armario y...

— Es otro sitio más para investigar — recalcó la sombra.

— Sí, pero... Es una habitación que está medianamente definida pero no tanto como esta habitación. No lo cuento mucho ya que cuando voy allí el cristal da al interior del armario. En esas condiciones solo puedo ver oscuridad y atisbos de pequeños estantes llenos de botes y medicamentos. Solo veo la habitación cuando él abre el armario, y siempre tengo que hacer mímica. Si desvío la mirada para ver el alrededor puede que él lo note. Soy curioso pero no quiero arriesgarme demasiado.

La sombra se quedó mirando al reflejo.

— Qué curioso... ¿Alguna vez has intentado salir fuera de la casa? Me refiero... Dentro del espejo.

— Sí, te he entendido. Y sí, lo he intentado pero no puedo.

— ¿Por qué no puedes?

— La puerta está cerrada. No puedo abrirla.

— ¿Has probado con las ventanas?

— Son demasiado pequeñas como para pasar a través de ellas. Las que no son como pinturas en la pared, me refiero. Si no tuviesen apertura vertical podría cruzarlas pero apenas quepo. Lo que sí he hecho es asomarme todo lo que he podido en ellas y estirando los brazos he llegado a alcanzar una especie de lienzo a medio metro. Resulta que el paisaje de las ventanas es una pintura. O sea, fuera de la casa no hay nada. Una pintura muy realista, eso sí. Y no he intentado romper el lienzo por si pasa algo pero me pregunto qué habrá detrás, si es que hay algo. Parece estar pendido sin ningún apoyo.

— Por lo que has dicho parece que dentro del espejo hay una especie de restricción que te obliga a estar en la casa siempre, sin poder salir.

— Sí, eso es.

— ¿Y qué piensas al saber eso?

— No pienso, siento. Siento una mezcla de resignación y conformismo. Al principio era más rebelde, no lo aceptaba, pero ya me he acostumbrado a estar siempre dentro. Por suerte tú sales cuando él lo hace y ves algo más que esta casa.

— Sí, pero sale poco. La mayoría del tiempo estoy aquí dando vueltas. Además, afuera apenas puedo ver nada desde el suelo. Y cuando estoy en alguna superficie levantado no debo moverme diferente a él, ni siquiera un pequeño movimiento del cuello, si no quiero llamar la atención.

— Bueno, pero tú puedes desligarte de él y explorar más allá. Mira cada noche. ¡O mira ahora! Estás aquí sin estar atado a sus pies.

— Sí, pero siempre procuro estar cerca de él. Solo me desligo cuando está durmiendo o muy distraído.

— ¿Alguna vez has intentado salir fuera de la casa a través de las sombras, de forma libre?

— La verdad es que no. Dentro de ellas todo es muy denso y es difícil cruzar por ellas. Es como... Como intentar bucear en una piscina de gelatina con los ojos cerrados, no sé si me entiendes.

— Creo que sí.

— Pues eso, muy difícil.

— ¿Y por las luces?

— Si no estoy atado a él, tengo que estar tocando una sombra o desaparezco. Sin opción de retorno. No me ha ocurrido nunca pero sé que sucede eso.

Hubo otro largo silencio.

El reflejo alejó y acercó el candelabro al cristal mientras observaba con curiosidad a la sombra, esperando alguna reacción. La sombra miraba hacia otro lado, sin inmutarse de que su figura sufría pequeños cambios, pero al rato abandonó su puesto en la pared y se tumbó en el suelo para

estar cerca de la sombra del espejo. Acercó sus manos a ella y acarició los contornos circulares de los adornos de sus esquinas.

— ¿Qué se siente cuando él se sitúa delante del espejo?

El reflejo se agachó para dirigirse a la sombra. Le resultaba muy incómodo estar de pie cuando ella estaba proyectada en el suelo.

— Me siento... Utilizado. Manipulado. Un títere imitando a otra persona.

Es... Es muy agobiante. Tengo que ser preciso y rápido o notará que no lo hago bien. Como tú, vamos. Tú lo haces casi todo el tiempo pero no está pendiente de ti, apenas te dirige su mirada. A mí, cuando me toca, aunque sea apenas segundos, me está mirando todo el rato. Y si fallo...

¡Verá que el espejo está defectuoso y me echará de casa! O se asustará y me romperá, no sé qué es peor —realizó una pausa alargada y recorrió con la mirada el arco del espejo—. A veces me pregunto si al romperse el cristal todo desaparecerá o me transformaré en un ser dividido pero con consciencia en todas sus partes. O si las divisiones tomarán fragmentos de mi personalidad para obtener cada una consciencia propia y yo desapareceré, mi yo mental. Y pasará pronto, cada vez es más impredecible, más rápido en sus gestos delante de mí. Me pillaré, seguro que quiere pillarme. Le ha dado por hacer muchas muecas delante del espejo. Se queda mirándome fijamente durante un rato y de repente... PAM, mueca. Así, muy inesperado.

La sombra dejó de tocar la sombra del espejo y volvió a la pared, en silencio.

— No pienses en eso... Y no creo que lo haga aposta. Seguro que lo hace sin pretenderlo. Por lo que he visto es buena gente, por como trata a la gente del pueblo cuando sale de casa. No lo hará a malas, no sería propio de él.

— Ahora que dices eso... Me gustaría saber por qué vive solo. Por qué no habla con nadie. Sé que es buena gente, parece serlo, pero no comprendo como puede estar sin nadie. A veces le oigo llorar, en su habitación. Sobre todo por las noches, antes de acostarse. Pero hay días que también. Días que llora por el día, quiero decir.

— Sí, sí, eso te lo puedo confirmar yo. Pero nunca me he preguntado por qué — la sombra giró su cabeza hacia la puerta que daba al pasillo —. Será que no he empatizado con él. Siempre me ha parecido patético en vez de darme pena. Supongo que será porque le odio un poco por no hacer nada interesante. Su vida aburrida hace que la mía también lo sea. El reflejo miró a la sombra con una mezcla de miedo y cariño. Era una noche diferente, sin preguntas prefabricadas que llevaban a conversaciones monótonas. Notaba que la confianza entre ellos había aumentado.

— De todos modos — la sombra dirigió su mirada al reflejo —, también podemos investigar por qué es así. En la casa seguro que hay algo. Podemos empezar a buscar mañana aunque solo tú puedas hacerlo en esta habitación.

— Y en el baño también. Allí guarda sus medicamentos y dentro de sus cajas las prescripciones médicas. Seguro que con eso puedo sacar algo. Hace mucho que no cotilleo.

— Buen apunte. Cuando él va al médico desconecto del todo, las esperas infinitas matan todo el interés que podría tener sobre sus problemas de salud.

— Ahora que lo pienso... El garaje también está definido aquí dentro. No como esta habitación pero algo mejor que en las demás. Si te parece bien también puedo buscar ahí y así no tienes que recorrer casi toda la casa tú solo.

— ¿Y eso? ¿Cómo es que está definido?

— De una semana, cuando estuvo limpiando los adornos del espejo. Me llevó al sótano, donde tiene el pequeño taller.

— Bueno, taller taller... Tiene una mesa de madera y una caja con alicates y poco más.

— Ya, ya. Pero me has entendido... Supongo que si está de esa manera es por haber estado el espejo bastante tiempo ahí.

— Mmmmm... Interesante. Debe ser muy curioso vivir ahí dentro aunque creo que hay muchos inconvenientes y pocas ventajas.

— Sí, aquí todo es falso. Y si quiero ver la realidad solo tengo este punto de vista.

— Ya.

La sombra volvió a abandonar la pared tras estar un rato callados y cruzó el suelo para llegar al otro lado de la habitación, donde estaba la ventana.

— Hablando de puntos de vista — aprovechó el reflejo —. Si no te importa... Nunca me lo he preguntado y ahora tengo curiosidad. Tú... ¿Tienes rostro?

La sombra giró la cabeza violentamente.

— ¿Y esa pregunta? Sí, claro. ¡Qué tontería! ¿Cómo crees que puedo ver y hablar?

— Ay, ya. Perdón. Como nunca he visto tu cara... Pensé que...

— No la has visto porque hablo de frente contigo. No sé, lo normal. Sí, solo tengo un relleno negro en mi figura y no ves nada pero no me voy a poner a hablar de perfil para que veas el relieve de mis ojos, mi nariz, mi boca, mi mentón... Porque me parece absurdo hablarle a la gente mirando hacia otro lado. No soy una pintura del Antiguo Egipto.

El candelabro tembló y chocó débilmente contra el cristal del espejo. El reflejo se había puesto nervioso y lo dejó en el suelo para tener las manos libres y calmarse. No se esperaba una respuesta de ese estilo. Pensó si debía decir algo o quedarse callado mientras quitaba la mancha de cera en la superficie del cristal.

— ¿Te has enfadado por lo que he dicho? — preguntó el reflejo después de haber terminado de limpiar su pantalla hacia la habitación —. No era mi intención ofender.

— No, para nada. Ya sé que te gusta hablar, lo has dicho antes, pero no me gusta que me preguntes chorradas. No hace falta alargar la conversación porque sí. Que salga natural, sin forzar ni decir tonterías. El reflejo pensó que su reacción había sido desmesurada pero decidió dejarlo pasar.

— Sí, tienes razón.

Y el silencio fue la reina durante el resto de la noche.

El reflejo se apenó de que hubiese acabado así. No había lidiado bien con tanta confianza, se había emocionado demasiado. Se conocían desde hace mucho tiempo pero nunca habían preguntado tanto sobre el otro. Cada noche siempre hablaban del día que habían pasado, lo que habían hecho y comentar alguna anécdota de su actualidad particular pero en la conversación que acababan de tener cada uno había descubierto más del otro; una noche de revelaciones, de conocer y dar a conocer los detalles silenciados de sus vidas.

Había sido especial, por primera vez el reflejo no había notado que hubiese una barrera de cristal entre el exterior del espejo y su interior.

— Es hora de irse. Que tengas un buen día — dijo la sombra mientras se dirigía a la puerta; pequeños rayos de luz ya empezaban a entrar por la ventana.

— Gracias. Tú también. Esta noche ha sido muy interesante — la sombra paró de andar y se giró esperando a que terminase de hablar —. ¿Por qué nunca nos hemos preguntado estas cosas? Hay tanto de qué hablar pero nunca nos había dado por tratar estos temas.

— No sé. Creo que no hay que preguntarse tantas cosas. Que tengas un buen día.

La sombra le dedicó un saludo y abandonó la habitación.

Un despertador hizo vibrar la madera de todas las paredes de la casa. Se oyó un golpe en una mesilla y un gruñido somnoliento que quería ser un enérgico quejido.

El reflejo dejó de mirar una puerta donde ya no había nadie y apagó el candelabro con la fuerza de un suspiro. Se ocultó en el interior del espejo para dejarlo en su sitio y dirigirse a la habitación donde estaba el inquilino para empezar su mímica, como todos los días. La sombra hacía lo mismo, dirigiéndose a la habitación verdadera pero con más calma, la gente no se pregunta si tiene sombra cuando está recién levantada.